

Illustrations: Richard Huber Fantastic and Mythological Creatures
Dibujos: Women Men A Pictorial Archive From Nineteenth-Century Sources

EL DRAGÓN (Fragmento de novela)

Grande y dorado, amigos, es el odio
(Eduardo Lizalde)

Vladimiro Rivas Iturralde*

Era pelirrojo, flaco, pálido, de ojos verdes, profundos y resentidos como jaula de tigre, cejijunto y de tez manchada. Nos deteníamos, antes de cruzarnos con su mirada pendenciera, a ver el BMW plateado que nos dejaba boquiabiertos por un rato y daba lugar a una conversación sobre automóviles que se prolongaba hasta después de la primera clase. Nos demorábamos en la puerta, medio indiferentes a la sirena que congregaba a los que ya habían llegado al patio, metiéndonos las moscas en la boca antes de respondernos cómo pudo llegar acá un carro tan de acero blindado y tan de anuncio publicitario. Salía siempre del asiento trasero y a nadie le constó nunca que cruzara una palabra con el *Guarderas*, su patrón, que ocupaba siempre el de adelante, junto al chofer. Cier- to es que los separaba también el curso y el salón de clases. A tal punto se eran ajenos que fue novedad que alguien contara cómo una ocasión le pidió el *Guarderas* una regla de cálculo para una tarea, y se la devolvió enseguida, ambos con la indiferencia de dos desconocidos que comparten sin querer una plana de periódico fortuitamente des-

plegada sobre un asiento de bus. Román el pelirrojo se quedaba siempre un rato más, hablando con su padre, diciéndole y dejándose decir lo que en el trayecto de quince o veinte minutos había callado por la presencia del patrón. Qué se decían, no sabemos. A muchos de nosotros, sin embargo, nos consta que los dos pelados iban a gusto con el chofer, Román padre. Era un gran tipo y aun algo sabio: tenía la capacidad -reflejada en sentimiento- de ver la divinidad invisible que reside en las cosas. Pero el resentimiento de su hijo era más fuerte que su sabiduría. Tenía gracia, era ocu- rrente, contaba chistes colorados, y si los dos pelados querían hablarse, se dirigían a Román padre, el intermediario y catalizador. Casi siempre llegaba el *Cuñá* segundos después, como si les hubiera venido siguiendo, en un Marina que estacionaba, roncando estrepitosamente, junto al BMW de donde salía, pelirrojo y cejijunto, el Román, y enton- ces eran los compañeros, los camaradas que entraban juntos al Colegio. Román padre le había conseguido una beca, y él

se limitó estrictamente a cumplirla. En el Colegio había de todo para todos: sociedades piadosas, de servicio social, clubes de montañismo, de ajedrez, de ping pong y de tenis, equipo de basquet, fútbol y volí, clubes de oratoria, de teatro y literatura. Nunca quiso saber nada. Jamás se inscribió el Samuel Román en sociedad, club o equipo algu- no. Detestaba sinceramente estas orga- nizaciones y todo tipo de asociación colegial; marginal y gris, sabemos que no le importaba mucho tartamudear y ni siquiera deambulaba por los corredores para no llamar la atención. Nunca reci- bió un premio, ni sanción severa, ni castigo de consideración que atrajeran hacia él las miradas ajenas. Y sin em- bargo no podía pasar desapercibido. El caso es que mientras el *Guarderas* iba dejando una estela de gloria a su paso por el Colegio, Román el pelirrojo, so- litario y marginal, se limitaba a pasar los años con calificaciones grises, sufi- cientes como se dice ahora, las estricta- mente indispensables para cumplir con la beca de su padre. Los clubes literarios o el grupo de teatro, por ejemplo, nos liberaban un poco de ese optimismo bobalicón que se respiraba en el Cole- gio, muletas de algodón de azúcar des- tinadas a hacer de nosotros hombres de provecho, gerentes de empresa y patrio- tas profesionales. Por ellos nos instalá- bamos cómodamente en nuestra condi-

*Autor de cuatro libros de relatos. Esayista y traductor de Conrad, Keats y Whitman. Profesor-investigador del Área de Literatu- ra de la UAM-Azcapotzalco.

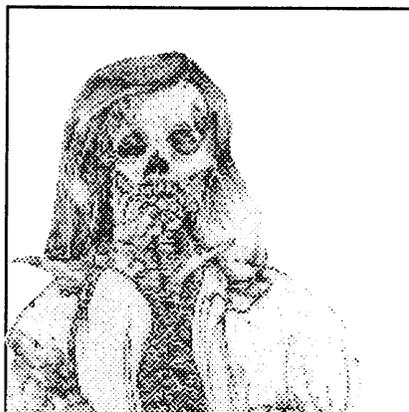
ción de privilegiados del espíritu, de seres superiores que esgrimían frases sueltas de Dostoyevski, Nietzsche o Camus, y no ocultábamos nuestro menosprecio por la masa escondiéndonos ostentosamente en esos libros que para los demás algo tenían de lugares sagrados, de cosa de iniciados. Pero el Román, que tenía razones más poderosas que cualquiera de nosotros para querer figurar en las élites, nos despreciaba visceralmente. Y mientras el *Guarderas*, por ejemplo, deambulaba, bufanda al cuello, por los corredores leyendo a Rimbaud y sembrando a su paso una cohorte de curiosos que pronto se fueron convirtiendo en admiradores, descubriéndoles una angustia que reflejaba como un prisma la de cada quien, el Román atraía con su feroz orgullo a uno solo entre todos, débil y coloidal como nadie, necesitado también del odio para seguir viviendo, el *Cuña*. Él nos sirvió de enlace; supo mostrarnos la puerta y el puente levadizo del mundo del Román, porque penetrar en él es algo que nunca pudimos. El *Cuña*, por otra parte, reveló mucho de sí mismo con esa amistad. La mirada del Román no permitía las bromas. Sus respuestas eran acres, venenosas, y siempre duras como garrote duro. Sin embargo no era solemne, no lo era, aunque las cejas parecían encontrarse en una vigorosa hendidura. Para muchos de nosotros, era el único que ya desde el Colegio parecía saber lo que quería. Pero no destacaba, no quería destacar. Si consiguió permanecer solitario esos tres últimos años de Colegio es porque de algún modo quemaba como un fuego. Todos le temíamos. Nos pare-

ció sorprendente que el más débil, el más descolocado y pasivo, el *Cuña*, no le temiera y fuera su único incondicional. Hasta les vimos reír con frecuencia. Entonces, cuando reía, la nariz del Román enrojecía y se abultaba en la punta, dándole el aspecto vagamente cómico de un cochero de Dickens. Y entonces hasta nos resultaba simpático, de veras. Pero en cuanto uno de nosotros se le acercaba, recibía de bienvenida una frase mordaz. Un escorpión. Sus víctimas -pocas en realidad, porque muy pocos reincidieron- fuimos siempre los amigos del *Guarderas*. Una vez, habiéndonos echado la pera a clase de Cívica, el gordo Montesinos, del grupo del *Guarderas*, se le acercó para enseñarle a fumar en pipa. El Román le arrojó como si nada el humo de su *full* blanco en la cara y le dijo, sin tartamudear, "Hazte humo". No era una provocación. Era su modo de ser, frontera de un carácter que nunca llegó a entender el gordo Montesinos. Así era. Sus agresiones se hicieron con el tiempo más refinadas, quizá menos notorias. Las

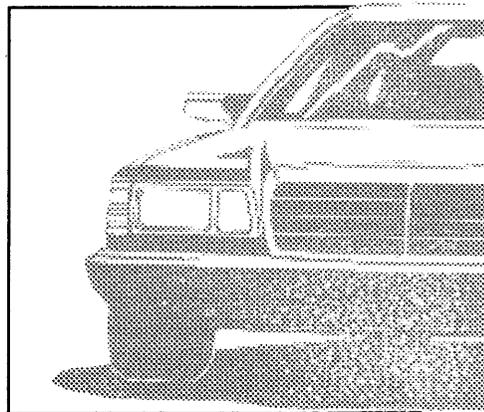
olorcillo de falsedad en lo que hacíamos y nos enrostraba la pose, el artificio de quienes querían adecuar sus experiencias a sus lecturas. Román granpoteaba visceral, sinceramente, con la facilidad de un chofer, escupía desdeñosamente, y todo esto adquiría para algunos de nosotros, pese a nuestra bohemia, una indefinible atmósfera de fetidez. Vencedor, verdadero, bien plantado en el odio y la náusea, había logrado que no le buscáramos, que nos apartáramos, aunque siempre supimos de él por el



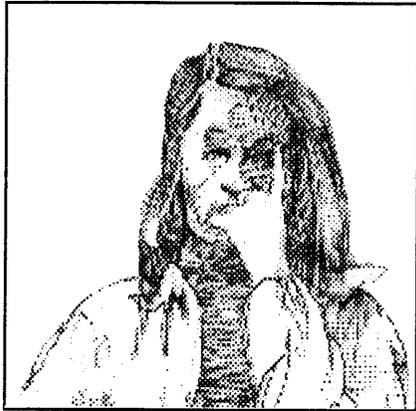
Cuña, que nunca se separó del todo de nosotros, de Ignacio, pese a que era un año menor en el Colegio. Pero nos llegaban esas historias envueltas en una doble aureola de misterio, pues el *Cuña* mismo se encargaba de acentuarla, sólo por ser como era, tan recóndito y parco en palabras. Lo que hizo el César, por ejemplo, para que le expulsaran del Colegio, había logrado que nosotros, dos años menores que él, lo viéramos rodeado de un halo de heroicidad y de martirio. Era un adelantado. Se había



encubría hábilmente en el estuche de una constante vulgaridad de conducta, en una plebeyez y una patanería que lograron ahuyentar de una vez por todas a los finos espíritus que rodeaban al *Guarderas*. Así es: quien quiere oler a zorro lo consigue. Y no es que fuéramos un comité de damas, no lo éramos -pues salíamos a explorar las cantinas y a emborracharnos como albañiles, o a jugar billar y fútbol como vagos cualesquiera, como patanes de barrio-, sino que Román el pelirrojo adivinaba un



escapado de la iglesia durante la novena de la Virgen con una prostituta mulata que se había extraviado mirando el cuadro del Infierno. Supimos por el *Cuñá* que el Román se alzó de hombros al enterarse de la hazaña y se limitó a decir que le aproveche. Desde entonces, creo, dimos en llamarle *Cuñá* al *Cuñá* porque efectivamente se había abierto un espacio entre el Román y nosotros. Y no es que fuera chismoso, no. Siempre vimos en esa relación una de las más firmes muestras de amistad de que tuviéramos



noticia. Ya afuera del Colegio, cada quien tomó su camino sin que dejarámos de vernos. Teníamos demasiado en común, sobre todo la nostalgia de lo que no conocíamos. Hemos lamentado siempre haber aprendido a tomarnos tan en serio. San Ignacio y sus Ejercicios, Sartre y Camus, Rimbaud y Kafka, Hesse, Palacio, Beckett y *Zaratustra* nos habían dejado la angustia, pero también revelado una línea de sombra que no habíamos traspasado y donde, sospechábamos, se escondía la verdad. Que-

ríamos pertenecer a algo vivo y verdadero, a un organismo de donde naturalmente extrajéramos nuestra savia, a ese organismo cuya existencia habíamos intuido en nuestras fugas del Colegio, ese territorio en donde quizá el Román ya se había instalado antes de llegar al Colegio en el BMW de su patrón. Ya afuera, crecieron nuestras expectativas en torno al Román y el *Cuñá*. Pero en vano: fracasaron la psicología y la lógica. Todos pensamos que, libre del *Guarderas*, veríamos al Román de líder de grupo, de representante estudiantil. No hubo tal. Con la terca firmeza de siempre, con esa insistencia que le hacía más gris que un burócrata, se dedicó en su último año a cumplir con la beca de su padre. Supo resbalar de las manos jesuíticas, de ese olfato infalible para detectar maderas de líder. Dicen que el BMW no volvió a verse por el Colegio. Total para qué. Dicen que el *Cuñá* recogía al Román en el Marina del coronel, gesto de amistad desafiante, porque el coronel intentaría todo para separar a su hijo del hijo del chofer de

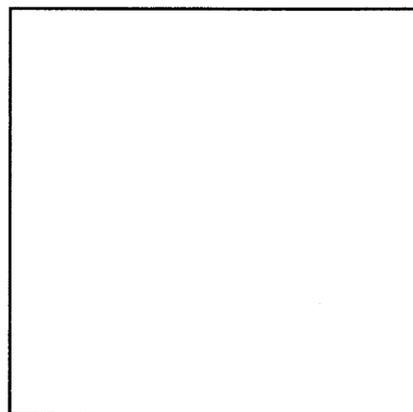
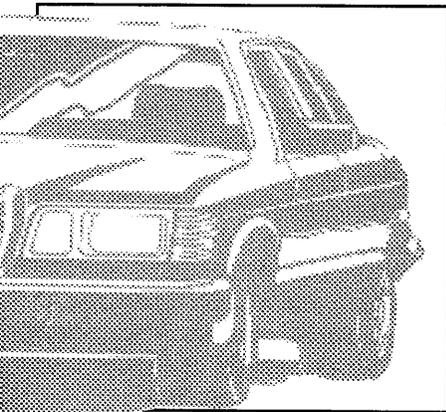


los *Guarderas*, el cholo pelirrojo. Supimos que vio en él a un conspirador, un corruptor de su hijo, un terrorista agazapado. Y todo empeoró al saber que el Román andaba tras de Angélica. Cómo pues, la niña de sus ojos. Cuando clausuraron la Universidad, el Román se puso a trabajar -una vez más obediendo a su padre- en el Colegio de monjas donde conoció (o reconoció) y amó a Angélica. Claro, no duró allí siquiera dos semanas del lluvioso mes de abril. Y la amistad con el *Cuñá* se

estrechó aún más. Fue así como el "*Cuñá*" se convirtió en apócope de "cuñado", palabrota que estalló en los oídos mismos del coronel y desde la boca misma del intruso. "Cuñado" se convirtió en una llamarada, un incendio en la casa. Hubo un escándalo del que todo el barrio se acordaría. Echó sin más de la casa al pelirrojo, que entonces visitaba a Angélica, y como éste le respondiera sus verdades, montó en cólera, arrancó de la pared un sable y amenazó a gritos con atravesar al monstruo de parte a parte. Inútil acudir al defensor de la honra familiar: el *Cuñá* había definitivamente tomado partido por el enemigo de la casa. Es más: en él habría de apoyarse, en su capacidad de odio, para seguir viviendo. Fue este el último y más radical desafío del *Cuñá* de que tuvimos noticia en mucho tiempo, porque lo demás fue, en su penúltimo año de colegio, una sorda resistencia al desamparado, un rencor impaciente y ávido de encontrar su cauce.

Si el coronel tiranizaba al *Cuñá*, la madre lo temía. Vivía temiendo en él reacciones imprevisibles. Le atribuía virtudes familiares únicas, notables, de sus mayores -una manera de sobrevivir en su hijo-, pero también y sobre todo lo temía: como si hubiera allí, en él, un volcán que pudiese estallar en cualquier momento. Lo cuidaba y recelaba de él: parecía que cuanto más intentaba acercársele, tanto más se distanciaba. En consecuencia, vivía al acecho, como vigilándolo y cubriéndole de algodones para no oír el estallido.

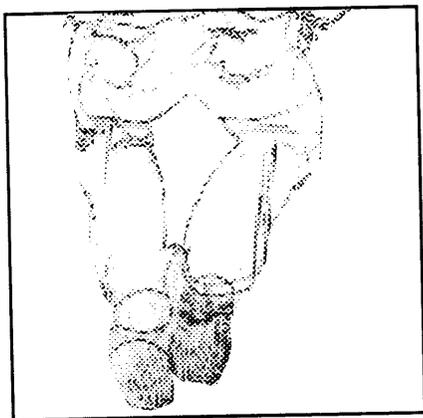
La última maniobra del coronel fue,



literalmente, un golpe militar: cambió de Colegio al *Cuña* en su último año, cosa que también hizo con Angélica. Sorpresivamente, ambos fueron matriculados en colegios laicos donde, según supimos más tarde, además de estudiar, cumplieron involuntariamente una misión siniestra en el nombre del padre: grabaron en minúsculos y sofisticados aparatos japoneses las clases de sus profesores de ciencias sociales. Incautos, fueron engañados por la idea de poner a prueba un avance tecnológico, una novedosa y expedita manera de tomar notas de clase. Algunos de esos profesores eran políticos activistas, y la exposición y práctica de sus ideas radicales no podían sino enfrentarse a muerte con las que sustentaban desde Baltimore al mundo del coronel. Dictador el viejo, algunos de esos profesores fueron aprensados y golpeados. En esos días supimos también que el Román militaba en el Movimiento de Izquierda Revolucionaria, y que el *Cuña* y él volvieron a ser los íntimos amigos de antes.

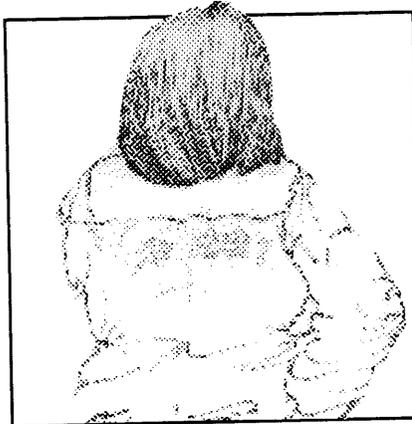
No pudieron las armas del coronel ni su diplomacia de última hora quebrantar esa amistad, ni persuadir a su hijo de que estudiara algo más serio, provechoso y lucrativo que Sociología. El *Cuña* estaba herido, y necesitaba del Román, de su rencor, de su odio.

Ese fue un año trágico: lamentamos dos pérdidas: la de Román padre, desaparecido arriba, muy alto, en una excursión a las nieves del Chimborazo, y la otra, inexplicable por hoy y para siempre, de Eduardo, el hijo de la Mariana, lavandera del coronel, solda-

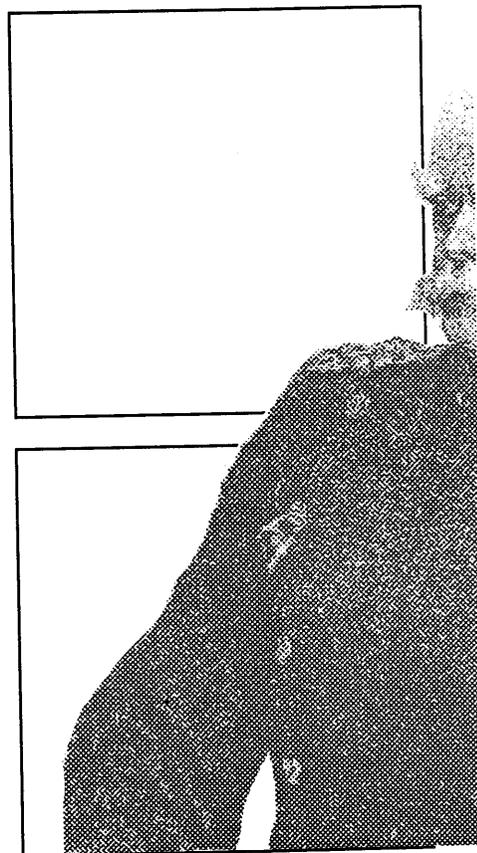


do él también y compañero de juegos de infancia del *Cuña*. Había tenido juegos extraños y en ocasiones crueles, algunos inventados o inducidos por el coronel -que entonces era mayor del Ejército- para hacerles vivir la obediencia que debía el uno al otro. Qué podíamos decir sino el lugar común de la tragedia griega de que las desgracias nunca vienen solas.

Román padre nos había parecido siempre un hombre bueno, de buen juicio y aun con algo de sabio, y nos consolamos de su muerte afirmando que la suya de veras le convenía: quedarse en las nieves del Chimborazo era muerte de sabio. El club de andinistas sólo encontró de él una libreta de diario algo roída por el viento y una sencilla cámara Péntax. Decía su última página de diario: "Aquí se oye el sonido del silencio. Estoy ante el glaciar noreste con los grampones del pie derecho flojos. Un minuto y sigo a los demás. La nieve es como un mar. El glaciar es como un mar, un blanco oleaje que sube y baja, que va y viene..."

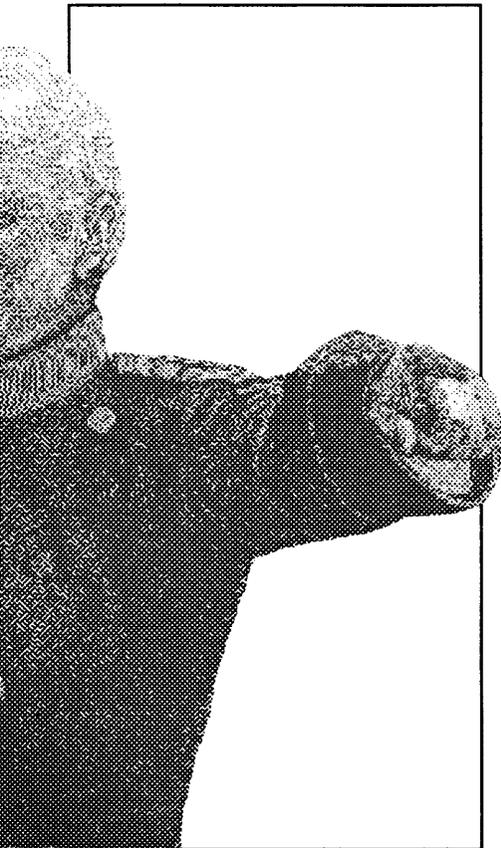


No logramos ver al Román en esos días aciagos, pero tres meses después de la desaparición del padre, recibimos el recado insólito: quería reunirse para leernos sus poemas. Sólo el *Cuña*, al parecer, sabía que había venido trabajándolos en un silencio y reserva absolutos. Leernos sus poemas: un gesto que rompía años de soledad, de distancia y, como algunos queríamos, de malentendidos. Es probable que el *Cuña* le haya persuadido a hacerlo, no tanto por un generoso afán conciliatorio, sino para



sentir menos cruelmente la aspereza del mundo, para estar menos solo. Qué argumentos esgrimió para convencer al Samuel Román es algo que no sabemos.

Nos reunimos en la buhardilla que Ignacio tenía en casa de sus padres. No nos dio tiempo de hablar de él. Había llegado él primero, antes aún que el *Cuña*, y lo encontramos ya riendo con Ignacio, acariciando un vaso de ron con la mano. Su saludo con el *Guarderas* fue a la vez receloso y cordial. No hubo que esperar a nadie, ni en el Colegio fuimos tan puntuales. Pero el Samuel estaba nervioso: seguía tartamudeando habitualmente, y así como nos dijo pocas cosas, así las decía en la Universidad. Esa tartamudez acaso le había impedido ser dirigente estudiantil. Hablaba con las vacilaciones del borracho a quien se le atropellan las palabras, o del hombre vencido y sobrepasado por una gran pasión. Explicó que no leía esos poemas únicamente porque había querido decirnos algo, y que no había encontrado otra manera de hacerlo. Y sin más, empezó.

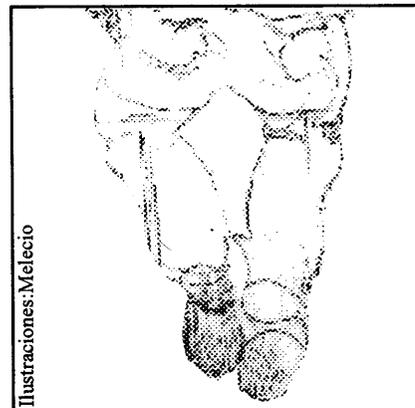


poesía que alternaba cierta manía organizativa con el caos, el ascetismo con el tumulto de la sangre y los instintos; poesía de verso brusco, áspero, de palabras que vacilaban y tropezaban y se atropellaban bajo el impulso de una gran pasión; había en ella una inmensa nostalgia del campo, de esa patria hedionda de la que nos habíamos refugiado; poesía cargada de silicios y de tiernos quichuismos (“Baja al corazón, Taiticu”), con abundancia de muerte, una muerte por la espalda esperada misteriosamente en martes; a veces torpe, sentimental y necrofilica como los yaravíes y los pasillos; con olor a incienso, al sebo y palosanto de los pórticos de las iglesias: religiosidad primaria y elemental de quien nada tiene y sólo espera al Padre y se arroja, harapiento, sucio, a los brazos de alguna cruz venerada. Y por ahí, de un pedazo de madera o una piedra rústica, emergía el rostro inesperado de una doncella renacentista. Quería él romper sus propios límites: se retorció, se apoyaba, herido, en muletilas: “no sé cómo decirlo, no sé cómo



decirlo”. Y acabar de una vez, acabar pronto. Detrás de su tartamudez, así en la conversación como en la lectura de los poemas, advertimos la impaciencia del que quiere acabar pronto, asqueado y harto ya de agradecer, y esperando saldar todas las cuentas, ya no deber nada a nadie, irse sin peso, sin deuda alguna y sobre todo sin gratitud. Uno de los poemas que más recordáramos fue aquel en que aludía a las palabras como sepulturas, como ataúdes de los actos. La palabra: sepultura del acto. Si bien a

todos nos pareció una poesía dolorosamente auténtica, hecha de proyectos y borradores de poemas, a algunos les pareció difícil asociar esa religiosidad de campito lejano y de iglesia mendicante, con el combativo estudiante de barricada, de vanguardia del MIR, con el clandestino y colérico brazo que insultaba y blasfemaba en las paredes nocturnas y que en las manifestaciones arrojaba piedras desde la primera fila. A otros nos pareció aquello de una coherencia casi geométrica. En efecto, una vez terminada la lectura, entregó al *Cuña* esas cuartillas mugrientas, y con una sonrisa franca que nunca le vimos antes, los ojos húmedos, levantó el vaso de ron y pidió un brindis. Ya tenía la nariz de cochero de Dickens. Se bebió el vaso de un solo trago y se excusó de permanecer en la reunión porque afuera le estaba esperando una larga noche en las paredes. Se despidió calurosamente de cada uno de nosotros, y cuando abrazó al *Guarderas* comprendimos que por primera vez se había rendido. Nunca olvidaremos esa mirada de entendimiento que se cruzó con el *Cuña*. Vencido, le entregaba en custodia el odio y el fuego. Al fin, con paso vacilante y atropellado, se fue.



Ilustraciones: Melecio

Si alguna vez se organizaran las palabras con el fin de ofrecer la imagen del hombre que las pone a significar, obtendríamos con sus poemas un doble perfecto del Samuel, con sus rasgos desafiantes, su tartamudez, su pelo rojo, su entrecejo ceñudo, sus ojos hundidos y rencorosos; obtendríamos su estatura, su peso, las líneas de su mano, el timbre y las inflexiones de su voz, su caminar con toda la cabeza mirando al suelo. En esos poemas estaba él todo entero, tal y como lo habíamos conocido, más otros rasgos asombrosos que lo completaban. Nos sorprendió que flotara en el ambiente tan perfecta simetría a partir de semejante desorden. Era una poesía muy imperfecta, vacilante y contradictoria, en la que el autor nada pedía a los demás ni al mundo: al padre sí, a un padre místico, quizás; sólo imprecaba y abofeteaba; era una poesía grumosa, cargada de lodo, sangre y excrementos, de tierra removida y acarreada, de humo de choza, de aire viciado por humo y polvo que se levantan, de chicha amarga, de una ternura que pugnaba por no asomar;